

PRESENCIA INFANTIL Y RITUAL FUNERARIO EN EL MUNDO IBÉRICO

Teresa CHAPA-BRUNET

El concepto de infancia

El estudio de la infancia en épocas pasadas se enmarca, como cualquier otro estudio arqueológico, en el ámbito cultural en el que trabajan los investigadores. Éstos intentan desentrañar las pautas de la sociedad que analizan a través de las evidencias arqueológicas, procurando filtrar lo que suponen sus propios parámetros culturales, así como la aplicación acrítica de estereotipos asumidos tradicionalmente (Kamp 2001: 20). Pero para reconocer los condicionantes que marcan la investigación de partida, es preciso que tanto el lenguaje empleado como el contenido conceptual se hagan explícitos.

El Diccionario de la Lengua de la Real Academia Española emplea diversos términos en relación a niños y jóvenes. “Niñez” (*periodo de la vida humana que se extiende desde el nacimiento a la pubertad*) es equivalente a “Infancia” (*periodo de la vida humana desde que se nace hasta la pubertad*). Los protagonistas de esta etapa son denominados: “Lactante” (*que mama*), que es similar a “Bebé” (*niño de pecho*); “Nene” (*niño de corta edad*); “Infante” (*niño que no ha llegado a la edad de 7 años*); “Niño” (*que está en la niñez*); “Impúber” (*que no ha llegado a la pubertad*).

Para los momentos inmediatamente posteriores contamos con los términos “Pubertad” (*Primera fase de la adolescencia en la cual se producen las modificaciones propias del paso de la infancia a la edad adulta*) y “Adolescencia” (*Edad que sucede a la niñez y que transcurre desde la pubertad hasta el completo desarrollo del organismo*), que es similar a “Juventud” (*Edad que empieza en la pubertad y se extiende a los comienzos de la edad adulta*).

En la base de estas definiciones priman consideraciones de tipo biológico, referidas al tipo de alimentación y sobre todo a las fases de desarrollo del organismo. Sin embargo, en algunos casos se presienten también elementos culturales, como en el caso del Infante. La edad de los 7 años no se define por un cambio radical de tipo físico, sino que ha venido considerándose tradicionalmente como el momento en el que los niños accedían al “uso de razón”, una etapa de gran importancia en el ámbito religioso y laboral, a partir de la cual se reconocía una cierta capacidad del individuo para responsabilizarse de sus acciones, al menos en el campo moral.

De la misma manera, en contextos educativos “Infancia”, es considerada también el marco en el que el niño crece, rodeado de un ambiente acorde a sus características y expectativas. Así, cuando un suceso viene a romper este modelo por accidentes, guerras o cualquier situación, decimos que a un niño “se le ha quitado la infancia”. Como recoge Sofaer Derevenski (2000: 5, a partir de Ennew: 1986), en el marco histórico actual del mundo occidental, los niños son personajes en cierta medida asexuados, con la obligación de ser felices y con derecho a ser protegidos y educados, pero no a tener de hecho una autonomía real, social o personal. Las relaciones de poder quedan

totalmente en manos de los adultos. Además, el crecimiento físico en este contexto no va a menudo acorde con el educativo, puesto que la necesidad de formación en una sociedad tecnificada se alarga mucho, de forma que el comienzo del periodo adulto sigue siendo una fase de dependencia social y económica. De ahí que en los últimos años se haya popularizado el término “adultescentes” para definir esta situación.

La sociedad occidental tiene unos parámetros de consideración y protección de la infancia que son ajenos a los que se tienen en otras culturas, y que etnocéntricamente consideramos “mejores”. En la actualidad, la mayor parte de los países del “Tercer Mundo” tienen una dependencia económica muy fuerte respecto del primero, y para cumplir las exigencias de este mercado se emplea toda la fuerza de trabajo posible, incluyendo a niños de corta edad, por lo que se desarrolla una cadena que precisa de la explotación de la infancia, a veces hasta grados impensables.

Esta “satisfacción” occidental por su modelo educativo se ha proyectado también hacia el pasado. El interés por el estudio retrospectivo de la infancia como tema histórico es relativamente reciente. Su iniciación surge con el libro de Philippe Ariès: *“L’enfant et la vie familiale sous l’ancien régime”* (1960), en el que el estudio de la infancia se aborda como un tema académico. Esta obra ha tenido una gran divulgación, y en ella se incluye la afirmación de que “en la época medieval no existía la idea (“sentiment”) de la infancia”. Los niños se incorporarían al mundo del trabajo a edades muy tempranas, y aunque biológicamente infantiles o juveniles, por su actividad productiva podrían considerarse prácticamente como adultos.

Esta idea ha sido asumida de forma bastante generalizada. En un trabajo también muy difundido, el psichistoriador Lloyd DeMause (1982), al analizar la infancia en el pasado, opinó que cuanto más hacia atrás en la historia, menor cuidado de los niños encontraríamos, y más frecuentemente veríamos que los niños eran objeto de violencia, abandono, muerte, y abusos sexuales. Desde luego, esta “mirada hacia atrás” no parece alcanzar muy lejos, sino más bien hasta los comienzos de la era industrial, con fuertes influencias de los escenarios representados en las obras de Dickens.

La Etnoarqueología nos permite apreciar, por el contrario, cómo muchos grupos humanos cuidan a sus hijos con esmero. Existen, por ejemplo, diversos casos de cazadores-recolectores donde (sobre todo los chicos) son consentidos con múltiples caprichos, contando con mucho tiempo libre para entretenerse y jugar. En buena medida, esto no fue tenido en cuenta hasta que la propia sociedad occidental -concretamente la estadounidense- consideró que los conflictos que generaban los jóvenes en su propio seno eran tan notables que merecían un estudio específico. Una de las líneas de trabajo fue comprobar si la “crisis” de la adolescencia era connatural a todo grupo humano, y por lo tanto, si esa actitud de rebeldía e inadaptación se repetía en diferentes modelos de sociedad.

Este fue el encargo que se hizo a la entonces joven antropóloga Margaret Mead, quien en 1928 publicó su conocido estudio *“Coming of Age in Samoa”*. El trabajo mostró que en esta zona del Pacífico Sur los adolescentes gozaban de una libertad mucho mayor que en el mundo occidental, y que el conflicto con el mundo de los adultos era mínimo. La autora dedujo, en consecuencia, que era la actitud social hacia los jóvenes la que determinaba su rebeldía o su adaptación al grupo, y que por tanto la primera no era ni mucho menos un elemento “natural” provocado por el crecimiento físico y

psicológico. Dado que por aquel entonces la opinión era la contraria, el trabajo de M. Mead tuvo mucha influencia en la teoría sobre el desarrollo de la juventud. Concluyó además que los jóvenes no eran un elemento pasivo en la recepción de la cultura de sus padres, sino que actuaban sobre ella, transformándola. También señaló que los propios jóvenes resultaban ser los mejores informantes sobre sí mismos, y que los adultos no aciertan a describir fielmente sus creencias y opiniones. Margaret Mead quedó en buena medida ligada al estudio comparativo de la adolescencia. Algo más tarde, en 1931, publicó *“Growing up in New Guinea: A Comparative Study in Primitive Education”*, al que siguieron muchos otros estudios que siguen siendo una referencia en el mundo de la Antropología cultural contemporánea.

Todo ello mueve a afrontar cualquier lectura que aborde el tema de la infancia en el pasado con una extraordinaria prudencia, puesto que a los factores propiamente conceptuales hay que añadir las muchas dificultades que plantea el estudio arqueológico en sí mismo, dada la dificultad en el reconocimiento de los restos y actividades infantiles, como se ha puesto de manifiesto en repetidas ocasiones (Sofaer-Dewerenski 1994; Chapa 2003a: 117).

En este trabajo se revisarán algunas evidencias del tratamiento, ritualizado o no, que se daba a los niños en el momento de morir, comparándolos con el que tendría en el paso de su etapa juvenil a la adulta. Se ha limitado la bibliografía a la directamente relacionada con los ejemplos seleccionados, resultado complementaria la de artículos precedentes (Chapa 2001-2002; 2003 a; Chapa y Olmos 2004).

La presencia infantil en los asentamientos ibéricos: Puig de la Nau y Castellet de Bernabé

Es un hecho conocido que los niños de muy corta edad no accedían en el mundo ibérico al ritual de la cremación, y muchos tampoco se enterraban en las áreas formalizadas como cementerios. No tenían así una acogida o reconocimiento en el seno social, sino que su paso al más allá se agilizaba tras su muerte, minimizando así el impacto de su pérdida. En los últimos años se han multiplicado los hallazgos de restos infantiles en los poblados y necrópolis ibéricas. Los primeros estudios específicos sobre el tema (Tarradell 1965; Gusi 1970, 1989) sirvieron para advertir de que este tipo de restos podrían pasar fácilmente desapercibidos a pesar de su frecuencia, lo que sin duda ha promovido el refinamiento de los métodos de excavación. Por otro lado, la preparación y apertura al público de diversos yacimientos ha provocado el tratamiento y consolidación de muros y estructuras que raramente eran motivo de excavación en otros contextos de actuación. El resultado ha sido la multiplicación de los hallazgos, y un buen ejemplo es el de Castellet de Bernabé, donde de un solo conjunto se ha pasado a un total de 20 depósitos, al igual que ha sucedido en San Miguel de Lliria (Guérin 2003: 330-331). Aludiremos a algunos ejemplos que nos permitan establecer rasgos sistemáticos de comportamiento en relación con los restos infantiles de menor edad.

Dos de los casos que aportan más información son el Puig de la Nau (Benicarló, Castellón) y Castellet de Bernabé (Lliria, Valencia). Ambos yacimientos han sido objeto de largos procesos de excavación, con nuevas campañas en los últimos años que han

dado lugar a publicaciones monográficas (Oliver 2007; Guèrin 2003). Los dos poblados han aportado un número importante de enterramientos infantiles bien documentados, que vienen a ampliar y clarificar el panorama sobre este tipo de restos.

En el Puig de la Nau son 9 en total los restos encontrados, cuyas características básicas son las siguientes:

Recinto	UE	Conjunto	Caracterización	Tipo contexto	Otros
03000	Nivel IV		Fetal/Neonato	Sobre la roca	
05000	Nivel V		Fetal/Neonato		
28000	1030		Neonato	Sobre la roca	Posición fetal
33000	1045		Neonato	Junto al muro	
33000	1045		Neonato	Junto al muro	
38000	38028	38034	Fetal/Prematuro	Bajo suelo	
38000	38028	38035	Neonato	Bajo suelo	
38000	38030		Feto a término	Junto muro	Fosa con cal
Muralla			Feto a termino		

Síntesis de los hallazgos documentados en el Puig de la Nau

Los enterramientos se distribuyen por toda la zona construida, al igual que sucede en Castellet de Bernabé, y sin respetar áreas de uso aparentemente diferencial, como viviendas (recinto 03000), almacenes (38000) o recintos de posibles connotaciones culturales (33000). La imagen que da esta distribución es la de una amortización localizada en la zona de hábitat de la familia que sufre la pérdida del niño. La falta de ajuar de cualquier tipo, o incluso de urna para proteger los huesos, parece indicar igualmente un acontecimiento no ritualizado, o con hábitos rituales escasamente definidos, probablemente limitados al ambiente familiar más íntimo. La ausencia, por otro lado, de sepulturas de adultos -los restos aislados en los viales del poblado no pueden considerarse como tales- indica que éstos se enterraban siempre en el cementerio correspondiente, por lo que las inhumaciones infantiles pueden considerarse como exentas de una actividad ritual equiparable a la del resto del grupo social.

Los restos materiales recuperados en el poblado apenas muestran, como es habitual, indicios inequívocos de la presencia infantil. Sin embargo, existen en este lugar algunas piezas que pueden indicar la existencia de un niño de corta edad en uno de los conjuntos de hábitat (Oliver, 2007: 44-57). La manzana IV incluye 3 recintos comunicados, que debieron formar un conjunto: 44000, 45000 y 47000, sumando entre los 3 unos 77 m². Cronología: 2^a mitad s. V a.C. La finalidad de los dos últimos no es segura,

aunque el recinto 45000 tenía un horno. En el espacio 44000, que probablemente constaba de 2 alturas, se concentraban materiales relacionados con el trabajo, el almacenaje y el procesado de alimentos. Se llega a él a través de un pasillo empedrado, y en su interior se recogieron numerosos restos de fauna, entre la que dominan ovi-cápridos y cerdos. (pp. 161-162) Un elemento notable es la presencia de 6 metacarpos y 5 metatarsos de cabra/oveja adulta, y otros 6 de cordero o cabrito.

Este espacio proporcionó una campanilla de bronce con incisiones paralelas, mientras que en el 45000 se recuperó una alcotana en miniatura (Figura 1). La primera de

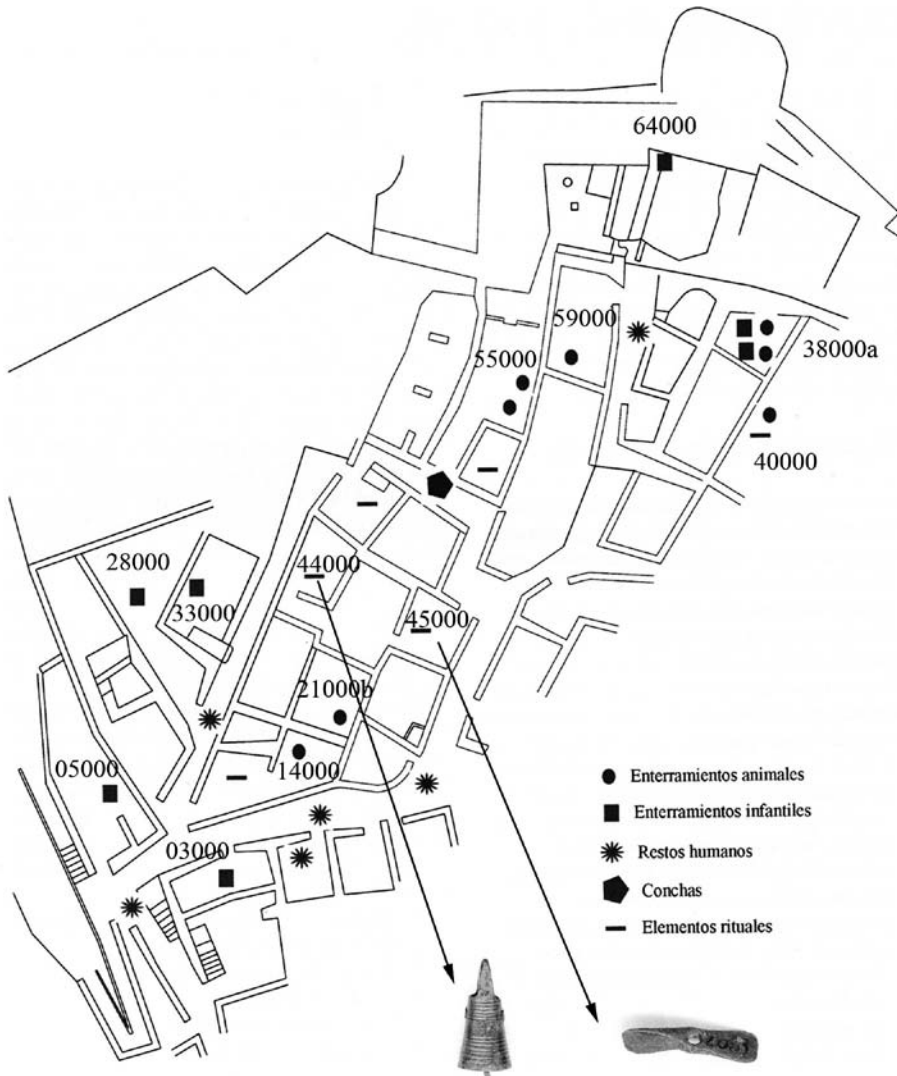


Figura 1.- El Puig de la Nau de Benicarló. Localización de los enterramientos y posibles elementos infantiles en contexto doméstico (a partir de Oliver, 2007).

ellas podría asociarse en primera instancia a los restos animales que abundan en el recinto, pero el conjunto de ambas piezas es plenamente coincidente con el enterramiento infantil del Departamento 3 de Castellet de Bernabé (Guèrin *et al.* 1989; 2003: 47; Calvo 2003: 361-362), en donde estos elementos forman parte del ajuar del bebé inhumado, cuya edad se sitúa entre 5 y 7 meses. La campanita colgaba de un pequeño brazalete que el niño llevaba en su muñeca o mano derecha, y el conjunto se completaba con un posible pendiente, restos de algún objeto de madera y bronce, una caracola marina, restos de carbones de olivo-acebuche, escamas de pescado, fragmentos de cáscaras de huevo y huesos de pequeños roedores, algunos quemados. Todos estos elementos se recuperaron en la tierra que rellenaba la urna, de doble asa, tapada con un plato cuyo fondo se encajaba en la boca. Ambos recipientes están decorados mediante bandas pintadas. Los objetos encontrados en el Puig de la Nau pudieran revelar la presencia de un niño de corta edad en este conjunto de habitaciones, cuya desarticulación se produciría con el abandono del lugar.

Las campanitas metálicas no siempre deben vincularse a niños, aunque en se ha señalado su presencia en algunas tumbas infantiles, como las de Los Villares de Hoya Gonzalo (Blánquez 1990, tumbas 5, 36 y 62). Lo cierto es que, además del caso citado, hay otros hallazgos en los que también se asocian a elementos que parecen indicar una actividad infantil. Puede traerse a colación una de las casas del poblado de Los Molinicos de Moratalla (Murcia), en donde se recuperó una campanilla, además de una serie de diminutas tacitas en barro toscamente elaboradas, en las que aún se aprecian las huellas de la persona que las realizó (Lillo 1993: 210-211) (Figura 2). El estudio detallado de estas marcas en otros contextos ha permitido conocer si se trata de improntas de niño, joven o adulto, y sería adecuado plantear la realización de estudios similares en materiales ibéricos (Kamp *et al.* 1999; Amstrom y Ericsson 1980).

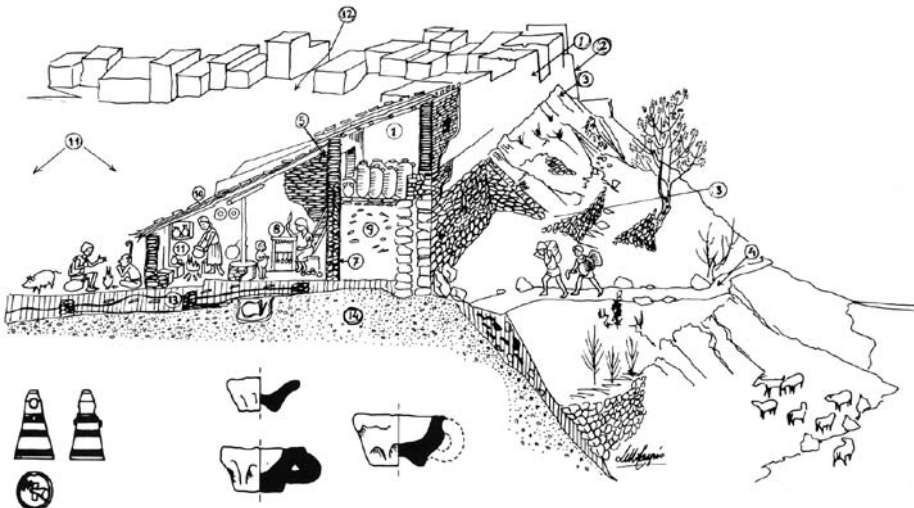


Figura 2.- Objeto de posible uso infantil en el poblado de Los Molinicos de Moratalla (Murcia) (a partir de Lillo, 1993).



Figura 3.- Cerámica pintada de El Monastil (foto: Museo de Elda).

Encontrar otros elementos que permitan detectar la presencia infantil, a falta de los restos antropológicos, es difícil. Ya propusimos algunos posibles indicios con ocasión de un artículo anterior (Chapa 2003a: 125-127), como juguetes, exvotos o nuevamente posibles manufacturas sencillas. Como ejemplo de este tipo podría considerarse un fragmento cerámico procedente del poblado ibérico de El Monastil de Elda (Poveda, 1997), cuyo diseño parece corresponder en su conjunto con un proceso de aprendizaje correspondiente a una persona de corta edad (Figura 3). Sin embargo, resultaría simplista adjudicar a niños o jóvenes los temas dibujados sobre cerámica que no consiguen un realismo o una estilización perfeccionista, siendo frecuentes los casos en los que los pintores vasculares prefirieron una vía expresionista antes que un excesivo detallismo.

Podrían analizarse con detalle algunas piezas correspondientes a niños de mayor edad o adolescentes, como los anillos. Un ejemplar de la tumba 109 de El Cigarralejo tiene un diámetro de 1,4 cm -las medidas se han calculado siguiendo la escala de la publicación-, y la sepultura corresponde antropológicamente a una joven entre 17 y 19 años. En otras sepulturas, el diámetro de los ejemplares puede ser todavía más pequeño, como es el caso de las tumbas 154, 239 ó 268, donde hay anillos de 1,2 cm de diámetro, lo que indica un dedo extraordinariamente fino, impropio de adulto.

Ciertamente, los anillos parecen ser un elemento personal que los individuos, sobre todo las mujeres, acumulan con el tiempo. Representaciones escultóricas como las Damas de Baza (Presedo 1973: lám. III) o del Cerro de los Santos (Olmos 1996: fig. 1)

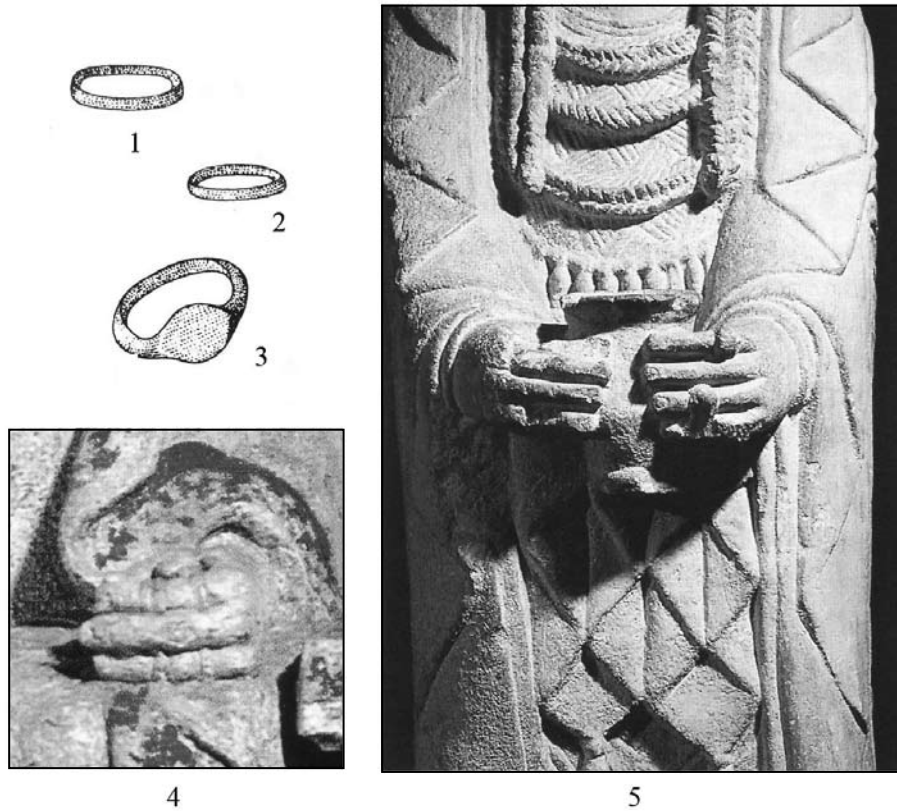


Figura 4.- 1-3: Anillos de la tumba 235 de El Cigarralejo (Cuadrado, 1987); 4: Mano de la Dama de Baza (Presedo, 1973); 5: Detalle de la Dama del Cerro de los Santos (Foto: Proyecto Escultura Ibérica. U.A.M.).

muestran en las manos anillos y sortijas tanto en las falanges medias como en las proximales, indicando el uso de piezas de distinto diámetro (Damas de Baza (Presedo 1973: lám. III) o del Cerro de los Santos (Olmos 1996: Figura 4). Esa podría ser la explicación para la presencia de anillos de diversos tamaños en una misma tumba, como ocurre en la 235 ó 266 (Cuadrado 1987: 421-422 y 454). Por lo demás, no tenemos un modelo de cómo irían vestidos los niños y las niñas ibéricas, y salvo contados elementos asociados a los bebés, no sabemos si el único elemento distintivo es el tamaño de las piezas, acorde con la corta edad de sus portadores.

En Castellet de Bernabé han sido publicados por el momento un total de 11 restos, aunque como se ha dicho, el número de hallazgos llega a 20 (Figura 5). Cinco de ellos son perinatales, tres vivieron entre dos y cuatro semanas, dos de ellos entre cuatro y siete meses, y finalmente uno alcanzó ocho o nueve meses de vida intrauterina (Calvo 2003: 362). La mayoría han sido enterrados directamente en el suelo o bajo estructuras, como una escalera, pero uno de los enterramientos perinatales y otro de 2 a 4 semanas se introdujeron en recipientes cerámicos. Esto sucede igualmente con los dos casos de mayor edad encontrados en los departamentos 1 y 3, y ambos individuos llevaban algo de ajuar personal.

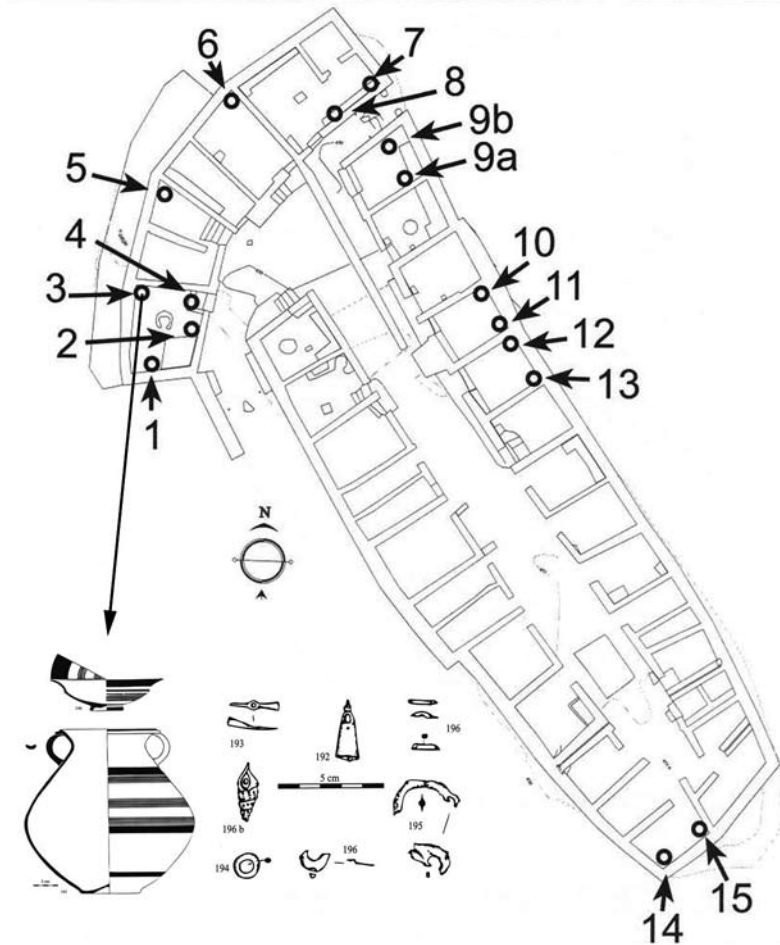


Figura 5.- Localización de los enterramientos en Castellat de Bernabé. Urna y ajuar del departamento 3 (a partir de Guèrin, 2003).

Estos datos parecen avalar el hecho de que los fallecimientos imprevistos de bebés solían quedar reservados al ámbito familiar, sin que en estos casos pueda saberse si las madres sobrevivieron o siguieron en algunos casos la misma suerte. Lo que sí parece colegirse de la ausencia de individuos juveniles o adultos femeninos es que una vez traspasada cierta edad los enterramientos eran formalizados en el cementerio correspondiente, como ha sido expuesto en repetidas ocasiones, sin que todavía pueda definirse si existió una edad concreta para establecer estas diferencias.

En el Puig de la Nau sólo se han encontrado inhumaciones en sencillas fosas correspondientes a muertes perinatales, pero en el Castellat de Bernabé, como se acaba de comentar, se añadieron en ocasiones recipientes cerámicos, respetando en el caso de los niños de cuatro a siete meses los objetos personales que llevaban puestos y que constituyeron un auténtico ajuar personal. Una hipótesis plausible permite relacionar la falta de niños de mayor edad en muchos asentamientos con la existencia de cemen-

terios en las áreas inmediatas. Enterramientos similares a los del Castellet pueden reconocerse, por ejemplo, en el cementerio de El Cigarralejo (tumba 104: Cuadrado 1987, fig. 93; Chapa 2001-2002: 163-164). Es posible que el yacimiento valenciano, al tratarse de un asentamiento rural, dependiera administrativamente de un centro mayor, como el Tossal de Sant Miquel, y fuera en la necrópolis de este último lugar donde se enterrarán los habitantes del Castellet. El traslado de los difuntos, que se ha practicado históricamente en las aldeas peninsulares que no tenían iglesia ni cementerio, resultaba un esfuerzo considerable pero obligado por la norma social. Sin embargo, el costo podía ser considerado demasiado alto para niños tan pequeños. En definitiva, puede proponerse que en ausencia de cementerio en el entorno inmediato de un poblado, el entierro de niños pequeños en el contexto del asentamiento será una opción practicada con mayor frecuencia que en aquellos lugares donde el acceso al área funeraria es más fácil.

Igualmente, si se produjera a la vez la muerte de la madre y del feto o el recién nacido, el enterramiento del adulto puede "arrastrar" al del bebé al área formalizada de necrópolis. De nuevo aludimos a casos conocidos, como la tumba 140 de El Cigarralejo (Cuadrado 1987: 292-294, fig. 118; Chapa 2001-2002: 184), donde restos de un bebé inhumado aparecen asociados a una persona joven, en torno a los 19 años, incinerada y acompañada por un numeroso ajuar. Es posible que el niño fuera introducido en la urna tras haber sido sometida la que pudiera ser su madre al proceso de cremación. Se ha detectado un caso parecido en la tumba 38 del Turó del Dos Pins, aunque pudiera tratarse de una mujer embarazada (García i Roselló 1993: 75-77). Incluso se conoce algún caso en el que el bebé recién nacido se introduce en su propia urna, como sucede en La Serreta de Alcoy, donde un enterramiento de estas características acompañaba a otra urna con los restos de un individuo joven, quizás femenino (de Miguel y Gómez-Bellard 1996). También en Los Castellones de Céal se documenta un enterramiento perinatal de inhumación junto a la pira de una mujer en torno a 18/20 años (Chapa 2003a: 119), y el mismo sistema se detecta en el mundo ibérico del mediodía castellano-manchego. La necrópolis de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo, Figura 6) muestra en su fase IV varias inhumaciones infantiles junto a tumbas de incineración, con las que sin duda estuvieron relacionadas (Ruiz, Carrolles y Pereira 2003: 126).

Infancia y juventud en las necrópolis ibéricas: Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete) y Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)

Aunque faltan registros extensos que permitan estudiar los enterramientos infantiles en relación con los ajuares y las estructuras funerarias, son varias ya las memorias publicadas en las que se incluyen los análisis antropológicos imprescindibles para valorar estos aspectos. En este trabajo se van a seleccionar una pequeña parte de la evidencia para llamar la atención sobre determinados detalles que pueden ser útiles a la hora de investigar sobre el papel social reconocido a la infancia en el mundo funerario.



Figura 6.- Enterramiento infantil en la necrópolis de Palomar de Pintado (Toledo) (Ruiz *et al.*, 2003).

Comenzaremos con un caso excepcional, poco tratado en este sentido, en el que se han incluido piezas que en otros contextos revelarían indudablemente una presencia infantil. El primer ejemplo corresponde al *silicernium* de la tumba 20 de la necrópolis de Los Villares de Hoya Gonzalo (Albacete), en cuyo interior se recuperó un gran lote de cerámicas áticas junto a elementos de oro, bronce, marfil, hueso o cerámicas ibéricas (Figura 7). Como señala su excavador (Blánquez 1994; 2000), el conjunto apareció en una fosa con un cerramiento de adobes, en la que el material apareció fragmentado y quemado *in situ*, lo que había endurecido la tierra del entorno. Próxima a ella se localizaba la tumba, en la que aparentemente los huesos del difunto se habían sustituido por piedras blanquecinas, por lo que la tumba podría ser considerada como un cenotafio. La estructura es tumular, de arcilla y piedra, y se encontraba rematada por la escultura de un jinete, del que sólo queda la parte inferior del cuerpo.



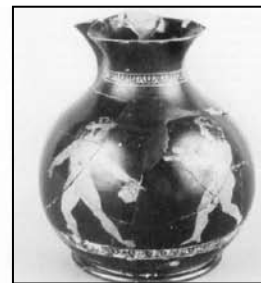
1



2



3



4



5



6



7

Figura 7.- 1 y 5: *Silicernium* bajo el empedrado 20 de Los Villares (Albacete). 2-4 y 6-7: Còes y detalles de su decoración.

La cantidad y calidad de las piezas recuperadas es notable. Además de 13 copas, 1 lécane, 6 bolsales, 5 escifos, 15 páteras y 10 cántaros, se recuperaron también tres pequeñas jarritas o *coes* (Roldán 1993), que en el contexto griego ateniense se asocian inequívocamente a los niños. Este tipo de recipientes toma su nombre del segundo día del gran festival de primavera dedicado a Dioniso, conocido como las Antesterias, nombre derivado de la palabra griega *anthos*, que significa "flor". En la primera jornada se abrían los recipientes que contenían el vino nuevo, en la segunda se celebraba la bebida, y se obsequiaba a los niños de tres y cuatro años con sus primeras jarras, las *coes*, de un tamaño acorde a su edad. En la tercera se devolvía al mundo de los muertos a los difuntos, que en estos días habían ocupado la ciudad desde el más allá (Burkert 1983: 216). La jornada de *Cóes* incluía ceremonias con los niños que significaban el fin de la primera infancia y su primer reconocimiento como individuos, quizás por haber cambiado definitivamente su dieta y alcanzar en esta edad una mayor resistencia a las enfermedades de riesgo (Garland 1990: 122). En algunos textos griegos se aprecia que los años de los niños eran coloquialmente calculados en "*Cóes*" (Neils 2003: 146). Las tumbas infantiles atenienses a menudo incluyen estos recipientes como parte del ajuar personal más querido y representativo del difunto. Incluso niños de menor edad, muertos antes de que pudieran haber participado en el festival de las Antesterias, se acompañaban también de *coes* más pequeñas aún, para que no les faltara el signo de haber participado en la fiesta, aunque fuera en su camino al más allá (Díez de Velasco 2004: 12).

Las tres *cóes* recuperadas en Los Villares siguen fielmente la tipología de estos productos. Tienen poco más de 10 cm de alto, separándose claramente de las jarras convencionales o *enócoes* que corresponden al mundo de mayor edad. Su decoración, de figuras rojas, alude al tema infantil. Aunque una de ellas se encuentra más deteriorada, las otras dos han conservado las escenas, protagonizadas por dos niños desnudos. En un caso uno anda y extiende las manos en dirección a una bandeja sostenida por el segundo infante, y en la que parece portar un pastel propio de esos días de celebración. En el centro de la escena, una jarra decorada reposa en el suelo. En otro ejemplar un niño porta una jarra, mientras que otro lleva una bandeja con dos frutos. Ambos van tocados con bandas o guirnaldas. Las imágenes reproducen la actividad incesante de los niños y sus actividades durante las fiestas, siendo precisamente las jarras el elemento central de las decoraciones de estos vasos, lo que resalta su importancia en el rito.

La introducción del niño en la bebida era una vía de reconocimiento y socialización de gran importancia entre los ciudadanos de Atenas, pero no necesariamente en otros ámbitos. Por eso resulta llamativa la aparición de estas jarritas, decoradas con temas infantiles, en el conjunto del *silicernium* de la tumba 20 de Los Villares, puesto que estos recipientes no solían ser objeto de exportación (Picazo 1977: 127). Sin embargo, pudieron llegar a formar parte de un comercio de segunda mano, lo que extraería a estas piezas de su contexto original, sin dejar necesariamente de incorporarse a un ambiente infantil, dado que la iconografía que presentan es muy específica.

La significación de la presencia de estas jarritas queda abierta, pero no parece que fueran una parte casual de un lote importado, en el que además de otros recipientes algo más comunes hubieran entrado materiales no discriminados. Ya se ha señalado (Blánquez 2002: 411; Cabrera y Rouillard 2004: 183) que *cóes* y lécane podrían

indicar la participación de hombres, mujeres y niños en el ritual de bebida previo a la destrucción y entierro del conjunto. No hay indicios, sin embargo, de comida alguna, lo que lleva a cuestionar si el rito en sí se desarrolló en la propia necrópolis o si lo que se hizo fue trasladar el conjunto desde el ámbito doméstico a la necrópolis. Hay que recordar también que a las cerámicas griegas se unían otras ibéricas, placas de oro, cuentas de collar, cajas adornadas con marfiles etruscos, etc., elementos que no todos tienen que ver con la bebida en sí. De alguna manera, el lote de piezas que se reúne en el *silicernium* debía destruirse en el momento que se celebraran las honras fúnebres de un personaje que, guiándonos por la iconografía escultórica, debía ser masculino y de nivel económico y social elevado, y que probablemente murió lejos de su tierra.

Pero lo cierto es que entre todo el conjunto, que habría llegado en un momento de intensificación del comercio como es el final del s. V a.C., se cuentan tres pequeñas jarras con temas indudablemente infantiles, que no parecen estar allí de forma casual. La adquisición de las mismas revela probablemente uno o varios destinatarios de corta edad dentro del grupo familiar, que quedarían identificados por la presencia de estos elementos, sin que necesariamente se reprodujera en el momento del enterramiento el ritual de bebida al que aluden estas piezas. La impresión que produce este depósito es la de un conjunto que se destruye a falta del personaje que debía emplearlo.

El cementerio ibérico de Coimbra del Barranco Ancho nos proporciona un caso que puede considerarse como el extremo de la línea que se inicia en el momento del nacimiento y que llega hasta la consideración de una persona como adulta, aunque su edad fisiológica sea juvenil. La necrópolis del Poblado, que nos ha proporcionado diversos casos de enterramientos infantiles y juveniles (Malgosa *et al.* 1999: 149), muestra como sepultura más llamativa la nº 70 (Figura 8), cuyos restos antropológicos fueron asignados a un individuo juvenil, que por el ajuar podría considerarse como femenino (Iniesta *et al.* 1987; García Cano 1997: 70-72, fig. 22-38b; 1999: 45-58). A esta estructura se ha asignado el pilar-estela decorado que se encontró desplomado en su entorno, por razón de su proximidad, de la envergadura de la tumba y de que en la esquina noroeste de la tumba apareciera una basa de arenisca fragmentada cuyo módulo podría encajar con el "cipo", o cuerpo vertical del monumento (García-Cano 1999: 47).

Esta opinión no ha sido unánime, ya que A. M. Muñoz (1987) atribuyó en su momento el cipo a la sepultura 22, una tumba doble masculina/indeterminada acompañada con un rico ajuar. Por su parte, Castelo-Ruano (1995: 319) duda de que el cipo pudiera sostener el soporte de gola y el toro, y propone la existencia de tres monumentos distintos. Ciertamente, la distribución de los restos no deja duda respecto a la vinculación del pilar-estela con las sepulturas de su entorno, pero la temática del cipo, exclusivamente masculina, no encaja bien con el ajuar de la tumba 70, a la que como se ha dicho se reconoce un componente principalmente femenino. Por otro lado, si consideramos los paralelos griegos para la escena de despedida representada en el cipo, sería adecuado proponer que el difunto es un hombre adulto maduro y con una posición relevante en el grupo social (Chapa 2003b: 114-115).

Dadas las dudas que plantea la asociación del monumento con la tumba 70, nos limitaremos a la valoración de su ajuar, partiendo de la base de que se trata de un ritual funerario complejo, en el que se amortizan numerosos bienes personales y domésticos,



Figura 8.- Tumba 70 de la necrópolis del Poblado (Coimbra del Barranco Ancho) con elementos seleccionados de ajuar (a partir de Iniesta *et al.*, 1987). Entre ellos, opérculo de *Astraea rugosa* y muestra de un ejemplar completo.

y que se dedica a una joven que es la protagonista principal del rito, ya que no comparte su tumba con otros adultos o niños.

El ajuar apareció básicamente en el interior del nicho cinerario, en el que se distribuían también carbones, cenizas y los fragmentos de huesos incinerados que no habían llegado a introducirse en la urna cineraria. La joven se acompañó de numerosos recipientes de cerámica, especialmente platos pintados, un vasito tintero, varios cuencos de barniz rojo, cántaros áticos y numerosísimos elementos personales que fueron depositados en un capazo de esparto trenzado junto a la pared sur del nicho. Los componentes de este ajuar tienen claros paralelos con muchos de los que aparecieron en la tumba 200 de El Cigarralejo (Cuadrado 1968), pero allí se combinaron los objetos de dos personas, un hombre y una mujer, mientras que aquí disponemos selectivamente de lo que debió ser, como se ha planteado, un conjunto femenino.

Las ofrendas se dispusieron en dos grupos: uno conteniendo las que debieron ser pertenencias de la joven y otro con las ofrendas cerámicas. Para contener el primero se empleó, como se ha dicho, el capazo de esparto, con la voluntad de que no se perdieran o dispersaran entre la tierra de la tumba. Los componentes de este grupo han sido detalladamente descritos (Niesta *et al.* 1987; García-Cano 1997: 45-58), y revelan que la difunta fue acompañada en su ritual funerario por todas las pertenencias, y especialmente aquellas que la mostraban como una persona de alto rango social. Del vestido nos quedan las fíbulas que sujetarían camisa, túnica y manto, de acuerdo a sus diferentes tamaños a los paralelos que observamos en la escultura. Diversos anillos, dos de ellos con chatón debían ser llevados en las manos, como también muestran las Damas ibéricas esculpidas en piedra.

Numerosos elementos colgantes demuestran la presencia de collares con cuentas de diversos materiales y colores, aunque faltan las complejas piezas de oro o plata que debieron llevar las damas ibéricas en ocasiones especiales. Como hemos apuntado en otro lugar, es posible que estas joyas no fueran incluidas en los ajuares personales, sino transmitidas por herencia familiar, por lo que no aparecen normalmente en las tumbas (Chapa y Pereira 1991). Los únicos objetos preciosos que suelen incluirse son los pendientes y los anillos, que debieron tener una adscripción personalizada, y de ambos tipos tenemos ejemplos en esta sepultura.

Entre los colgantes destacan unos escaraboides de pasta vítrea, en dos de los cuales se aprecian todavía los temas decorativos: un grifo y un león. La falta de la figura humana en ambos nos conduce a valorar el sentido que estos animales tienen por sí mismos, y que en la época de la sepultura no es otro probablemente que el protector de la persona que los lleva y el demostrativo de su rango social. Ambos indican también la presencia de intercambios y de acceso a materiales importados desde áreas costeras, como también lo harán los pequeños cántaros atenienses.

Es preciso resaltar, en este ámbito de los contactos entre costa e interior, la presencia frecuente de piezas menos llamativas pero sintomáticas, como son las conchas y otros diversos restos pertenecientes a animales marinos. En el caso de la tumba 70 debemos llamar la atención ante la presencia de dos opérculos o tapones correspondientes al caracol *Astraea* (o *Bolma*) *rugosa*. Estos elementos han sido muy populares a lo largo de la historia en toda el área mediterránea, donde son habitualmente conocidos como "ojos de Santa Lucía". Las mujeres de los pescadores los recogían y

engastaban como pendientes, y se les atribuían propiedades curativas y sobre todo, protectoras, tanto para la vista como para el oído -su forma recuerda la de una oreja-, así como para prevenir el mal de ojo entre los niños. La relación de Santa Lucía con las diosas celestes precristianas y su asociación con la luz y la vista permite relacionar todas las propiedades que se reconocían a estas plaquitas y, dada su presencia en la tumba, pudiéramos considerar que podrían haber tenido estas o similares atribuciones en época ibérica.

Los punzones de hueso, el sorprendente número de tabas naturales y trabajadas, y las cajitas de madera nos indican que estamos ante el ajuar completo de una joven que quizás no llegó a casarse, o que murió antes de engendrar descendencia, pero a la que se reconoce una propiedad sobre todos estos objetos, que “mueren” con ella. El ajuar cerámico también resulta llamativo por la cantidad de platos decorados que contiene, además de los ya citados tres cántaros áticos que coinciden en número con las páteras recuperadas, dos de ellas de barniz rojo. Buena parte de este ajuar cerámico se depositó boca abajo, indicando un abandono definitivo, mientras que ciertas piezas, como los cántaros, se rompieron concienzudamente, al igual que sucede en el *silicernium* de Los Villares.

Un solo objeto se depositó aislado, en la zona norte del nicho. Se trata del recipiente ornitomorfo con representación de una paloma, hecho en cerámica ibérica y decorado con líneas cruzadas y puntuaciones en su interior. Estos vasos aluden a una divinidad femenina y su simbolismo estuvo muy presente en la sociedad ibérica, a juzgar por la frecuente representación de palomas en objetos personales y de culto. En la conocida terracota de La Serreta una divinidad femenina sedente flanqueada por palomas protege un inusual nacimiento doble, y se asocia a personas de distintos grupos de edad, especialmente infantes y mujeres. La presencia de este tipo de vasos en depósitos rituales como el del Amarejo (Broncano 1989) indica que fueron ofrendados con ocasión de ritos especiales, quizás en procesos de iniciación, lo que no evita que aparezcan también en contextos domésticos como funerarios (García-Cano y Page del Pozo 2004:147-155). Su presencia en el enterramiento nº 70 pudiera sugerir que la difunta no llegó a realizar estos rituales y se acompañó del vaso en la tumba, si bien en otros contextos, como el ibicenco, este tipo de materiales forma parte habitual del ajuar funerario (Gómez-Bellard 1984).

En realidad, prácticamente todos los elementos que se han introducido en esta tumba podrían encontrarse en depósitos de carácter votivo, lo que indica que son diversas las circunstancias en las que las pertenencias personales son ofrecidas al mundo de lo sagrado. En ocasiones, como reconocimiento a la divinidad, ofrendas relacionadas con peticiones concretas o ritos de paso, y en otros casos, como ajuares para el más allá o depósitos rituales funerarios, en esta ocasión personalizados.

La tumba nº 70 presenta una personalidad muy especial en el contexto de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho. Se situó junto al gran túmulo 22 en un momento en el que el área estaba libre, e inmediatamente se convirtió en aglutinante de otras sepulturas durante un dilatado periodo, y sólo la tumba 67 ocupó, mucho tiempo más tarde, una de sus esquinas, lo que indica que su superficie fue respetada. No sabemos casi nada sobre las costumbres matrimoniales en la sociedad ibérica, pero en esta ocasión nos enfrentamos a un caso poco usual –aunque no único–, en el que

una mujer adquiere un reconocimiento no compartido como persona de relevante estatus social. Podemos proponer que se trate de una joven desplazada por causa de su esponsales a un poblado ajeno al suyo de nacimiento, que murió antes de celebrar su matrimonio o antes de tener descendencia. De esta manera se comprendería que todo su ajuar se enterrara con ella y no quedara en el entorno familiar. Son, en todo caso, conjeturas a las que el todavía escaso registro funerario y las limitaciones que el proceso de cremación impone a los restos óseos y al ajuar, no ayudan a desvelar.

Conclusiones

Desde su nacimiento, los niños deben ser cuidados y educados si se desea que alcancen su autonomía social, laboral y reproductiva como miembros del grupo social. Sin embargo, muchas veces el complicado proceso de embarazo y parto se malograba, y los fetos no conseguían sobrevivir, o lo hacían durante un escaso periodo de tiempo. En la mayor parte de los casos, este hecho no daba lugar a ritual alguno, silenciándose en el ámbito doméstico. Debe resaltarse, sin embargo, que aunque no se realizara ningún acto especial, tampoco se dejaba que los restos quedaran sin sepultura, y además se vinculaba su presencia con la propia estructura de la casa familiar.

Existieron otros casos en los que, sin embargo, el enterramiento de recién nacidos se exteriorizaba socialmente, incluyéndolos en el área de necrópolis aunque sin aplicarles por regla general el proceso de cremación. Su frecuente asociación con personas jóvenes hace pensar que enterrar a la madre hacía más fácil la presencia del niño junto a ella. En ocasiones, el tratamiento era similar a los desarrollados en el poblado: inhumaciones en fosas simples sin ajuar. Por el contrario, otras veces los niños llevaban algún tipo de objeto personal, o incluso eran introducidos en urnas.

A partir de un cierto momento que no puede fijarse con carácter sistemático, los niños podían recibir un tratamiento funerario similar al de los adultos, aunque su porcentaje representativo en las necrópolis es muy pequeño, lo que da pie a pensar que muchos no llegaron a tener un ritual elaborado. En otras palabras, la pirámide de edad de las necrópolis ibéricas no se corresponde con la que debió existir entre la población viva, siendo muy débil la representación de los grupos más jóvenes. Lo que sí se aprecia es que en aquellos enterramientos conservados se observa una dedicación y un cuidado hacia los niños, a los que pronto se asignan objetos personales, algunos de los cuales, como se aprecia en la sepultura en urna de Castellet de Bernabé, pudieron tener una función protectora.

El comportamiento funerario en el mundo ibérico supone una ruptura respecto a momentos anteriores, no tanto en los detalles de su proceso ritual como en lo relativo a la formalización de las necrópolis y la incorporación de sus miembros a las sepulturas. La necrópolis de Les Moreres parece demostrarlo así, puesto que en un cementerio de incineración bajo túmulo fechado entre los ss. IX y VII a.C., y con los restos incluidos en urnas, se cuentan 55 niños y jóvenes frente a 69 adultos, proporción que nunca se produce en las necrópolis ibéricas (González-Prats 2002; Gómez-Bellard 2002: 468). Además, entre el s. VI y finales del s. V a.C. los cementerios ibéricos son muy selectivos, y el conjunto de la población no parece acceder a estos rituales hasta esta última fecha.

Precisamente este hecho concuerda con la formalización durante el s. V a.C. de una sociedad de base más amplia y orgánica, en las que las jerarquías se asentaron en un reconocimiento del núcleo familiar, que quedó reforzado y ampliado con linajes que unían a los aristócratas con los demás segmentos sociales (Ruiz 2000). Es precisamente en este momento cuando se desarrollan centros que adquieren prácticamente un carácter urbano, coordinando la distribución de la población y la organización espacial de sus territorios. Esta reordenación social implica un cierto carácter “ciudadano”, y estructuraría formalmente sus líneas de descendencia. En este modelo, los niños tienen un estatus social adscrito por su pertenencia a un linaje familiar, y adquieren cierta importancia como continuadores de las sagas más privilegiadas. En el cipo de Jumilla (Muñoz-Amilibia 1987; García-Cano 1994; Chapa 2003b:111-115) un personaje principal sedente se despidió de un niño o joven, lo que revela el reconocimiento social de este último en la estructura ciudadana.

A lo largo de su vida infantil y juvenil, los niños ibéricos debieron ser instruidos para formarse como miembros autónomos de la sociedad, lo que implicó su incorporación progresiva a los ritos y ceremonias que marcaban el ritmo anual, así como el aprendizaje de las técnicas y saberes necesarios para desempeñar adecuadamente su papel. Especialmente en los niveles menos favorecidos debió producirse una incorporación temprana al trabajo, que sería cada vez mayor en relación a la progresiva industrialización de las actividades. Más tarde, en época romana, se admitía con naturalidad la existencia de niños mineros en Sierra Morena, a los que se dedicaban lápidas funerarias. La más conocida es la de *Quartulus*, cuya edad consignada en el epígrafe -4años- no ha dejado de ser cuestionada, aunque no cabe ninguna duda sobre su carácter infantil (entre muchas referencias, ver Giardina 2000, con más casos de niños mineros). Es de suponer que ya a partir del s. III a.C., con la intensificación de la producción minera, se produjeran casos similares.

La incorporación de la mujer al mundo de los adultos debió realizarse en el momento en el que estuviera lista para el matrimonio, lo que nos marca seguramente una edad temprana, plenamente juvenil. Se ha interpretado así en este trabajo la muerte prematura del individuo juvenil, que consideramos femenino, enterrado en la tumba 70 de Coimbra del Barranco Ancho. Seguramente los niños eran reconocidos miembros de pleno derecho en su grupo social también en su fase juvenil, cuando empiezan a aparecer asociados con armas y cuando seguramente se sometían a procesos de iniciación al mundo de los adultos. Sin embargo, en la mayor parte de los casos en los que los varones se asocian a un ajuar rico, y cuando aparecen acompañados por una mujer en lo que podría considerarse como el enterramiento de una pareja establecida, su edad es claramente adulta, lo que podría insinuar una diferencia por sexos en la edad considerada como conveniente para el matrimonio.

La arqueología, y todavía más las fuentes escritas, son muy limitadas en las informaciones proporcionadas sobre las características de la sociedad ibérica. Aún queda mucho para poder estudiar esta última con un mínimo de rigor sociológico, pero gracias a que determinadas investigaciones hicieron en su momento una llamada de atención sobre este tema, en la actualidad existe una mayor sensibilidad y una inten-

sificación en el refinamiento que requieren sus técnicas de estudio. Confiemos que con la disección de los datos existentes y con la incorporación de nuevas evidencias lleguemos pronto a dibujar un esbozo más detallado de lo que fue la infancia en el mundo ibérico¹.

1. Agradezco a Francesc Gusi la invitación para participar en este volumen. Antonio Poveda Navarro ha llamado mi atención y ha facilitado mi consulta directa de la pieza cerámica procedente de El Monastil y conservada en el Museo de Elda. Adolfo Domínguez Monedero me ha ayudado igualmente en las consultas efectuadas sobre algunos materiales citados en este trabajo.

BIBLIOGRAFÍA

- Astrom, P.; Eriksson, S. A. (1980), *Fingerprints and Archaeology*. Paul Astroms Forlag. Göteborg.
- Blánquez-Pérez, J. (1990), *La Formación del Mundo Ibérico en el Sureste de la Meseta. Estudio Arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete*. Instituto de Estudios Albacetenses. Albacete.
- Blánquez-Pérez, J. (1994), El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la Meseta. *Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad*. *Huelva Arqueológica* XIII (1), pp. 321-354. Huelva.
- Blánquez-Pérez, J. (2000), Conjunto de vasos áticos del silicernio de Los Villares (Albacete), en Cabrera-Bonet, P. y Sánchez, C. (eds.), *Los Griegos en España. Tras las huellas de Heracles*. Ministerio de Educación y Cultura. Madrid, pp. 411-412.
- Broncano, S. (1989), *El depósito votivo ibérico del Amarejo (Bonete, Albacete)*. Excavaciones Arqueológicas en España. Ministerio de Cultura. Madrid.
- Burkert, W. (1983), *Homo Necans. The Anthropology of Ancient Greek Sacrificial Ritual and Myth*. Berkeley.
- Cabrera, P.; Rouillard, P. (2006), El vaso griego en las necrópolis ibéricas, en P. Cabrera; P. Rouillard; A. Verbank-Pièrard, *El vaso griego y sus destinos*. Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 179-186.
- Calvo, M. (2003), Estudio antropológico de los restos óseos infantiles, en P. Guèrin, *El Castellet de Bernabé y el horizonte ibérico pleno edetano*. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios 101. Diputación Provincial. Valencia, pp. 353-362.
- Castelo-Ruano, R. (1995), *Monumentos funerarios del Sureste peninsular: elementos y técnicas constructivas*. Monografías de Arquitectura Ibérica. Universidad Autónoma, Madrid.
- Chapa, T. (2001-2002), La infancia en el mundo ibérico a través de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia), en *Studia archaeologica et historia Emeterio Cuadrado Díaz ab amicis, collegis et discipulis dicata*. Universidad de Murcia, *Anales de Prehistoria y Arqueología* 17-18, 159-170. Murcia.
- Chapa, T. (2003a), La percepción de la infancia en el mundo ibérico. *Trabajos de Prehistoria* 60 (1), pp. 115-138. Madrid.
- Chapa, T. (2003b), El tiempo y el espacio en la escultura ibérica: un análisis iconográfico, en T. Tortosa y J.A. Santos Velasco (ed), *Arqueología e Iconografía: indagar en las imágenes*. L'Erma di Bretschneider. Roma, pp. 99-119.
- Chapa, T.; Pereira, J. (1991), El oro como elemento de prestigio social en época ibérica, *Archivo Español de Arqueología* 64, pp. 23-35. Madrid.
- Chapa, T.; Olmos, R. (2004), El imaginario del joven en la cultura ibérica, en M. Marín (coord.), *Jóvenes en la Historia, Mélanges de la Casa de Velázquez* 34-1, pp. 43-83. Madrid.
- Cuadrado-Díaz, E. (1987), *La Necrópolis Ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XXIII. Madrid.
- De Miguel, M. P.; Gómez-Bellard, F. (1996), Aproximación al estudio de una cremación perinatal de la necrópolis ibérica de La Serreta (Alcoy, Cocentaina, Penáguila, Alicante), en Alejandro Pérez Pérez (ed): *Salud, enfermedad y muerte en el pasado. Consecuencias biológicas*

del estrés y la patología. Actas del III Congreso Nacional de Paleopatología. Fundación Uriach 1838. Barcelona, pp. 280-285.

Díez de Velasco, F. (2004), Cuestiones metodológicas para el estudio de un aspecto de la experiencia dionisiaca: vino y muerte, en D. Segarra Crespo (coord.), *Connotaciones sacrales de la alimentación en el mundo clásico. Ilu Revista de Ciencias de las Religiones. Serie Monografías. Anejo nº 12*. Universidad Complutense. Madrid, pp. 33-46.

Ennew, J. (1986), *The sexual exploitation of children*. Polity Press. London.

García-Cano, J. M. (1997), *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)*. I. *Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*. Universidad de Murcia. Murcia.

García-Cano, J. M. (1999), *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)*. II. *Análisis de los enterramientos, Catálogo de materiales y Apéndices antropológico, arqueozoológico y paleobotánico*. Universidad de Murcia. Murcia.

García-Cano, J. M.; Page del Pozo, V. (2004), *Terracotas y vasos plásticos de la necrópolis del Cabecico del Tesoro, Verdolay, Murcia*. Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo 1. Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. Consejería de Cultura. Editora Regional. Murcia.

García i Roselló, J. (1993), *Turó dels Dos Pins. Necrópolis Ibérica*. Editorial AUSA, Sabadell.

Garland, R. (1990), *The Greek Way of Life*. Duckworth. London.

Giardina, A. (2000), Bambini in Miniera : quartulus e gli altri, *Epigraphai* 1, pp. 407-416.

Gómez Bellard, C. (1984), *La necrópolis del Puid des Molins (Ibiza)*. Campaña de 1946. Excavaciones Arqueológicas en España 136. Ministerio de Cultura. Madrid.

Gómez-Bellard, F. (2002), Estudio antropológico de las cremaciones, en A. González Prats: *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España)*. (s. IX-VII A.C.). III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios. Universidad de Alicante. Alicante, pp. 461-469

González-Prats, A. (2002), *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España)*. (s. IX-VII A.C.). III Seminario Internacional sobre Temas Fenicios. Universidad de Alicante. Alicante.

Gusi, F. (1970), Enterramientos infantiles en viviendas, *Pyrenae* 6, pp. 65-70. Barcelona.

Gusi, F. Posibles recintos necroláticos infantiles ibéricos en Castellón, en *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)*. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses 14, pp. 19-42. Castellón de la Plana.

Guérin, P. (2003), *El Castellet de Bernabé y el horizonte ibérico pleno edetano*. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos Varios 101. Diputación Provincial. Valencia.

Guérin, P.; Calvo-Gálvez, M.; Grau-Almero, E.; Guillen-Calatayud, P. M. (1989), Tumbas infantiles en el Castellet de Bernabé (Liria, Valencia), en *Inhumaciones infantiles en el ámbito mediterráneo español (siglos VII a.E. al II d.E.)*. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses 14, pp. 63-132. Castellón de la Plana.

Iniesta, A.; Page, V.; García-Cano, J. M. (1987), *La sepultura nº 70 de la necrópolis ibérica de Coimbra del Barranco Ancho, Jumilla*. Consejería de Cultura, Educación y Turismo. Murcia.

Kamp, K. A. (2001), Where have all the children gone?: the archaeology of childhood, *Journal of Archaeological Method and Theory* 8 (1), pp. 1-34.

Kamp, K. A.; Timmerman, N.; Lind, G.; Graybill, J.; Natowsky, I. (1999), *Discovering Childhood: Using Fingerprints to Find Children in the Archaeological Record*, *American Antiquity* 64, nº 2 pp. 309-315.

Lillo-Carpio, P. (1993), *El poblado ibérico fortificado de Los Molinicos de Moratalla (Murcia)*. Col. Documentos. Serie Arqueología 3. Servicio Regional de Patrimonio Histórico. Murcia.

Malgosa, A.; Subirá, M. A.; Carrasco, T.; Castellana, C. (1999), Informe antropológico de la necrópolis del Poblado, en García Cano, J.M., *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)*. II. *Análisis de los enterramientos, Catálogo de materiales y Apéndices antropológico, arqueozoológico y paleobotánico*. Universidad de Murcia. Murcia, pp. 131-154.

Muñoz-Amilibia, A. M. (1987), La escultura funeraria de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), *Archivo de Prehistoria Levantina XVII, Homenaje a D. Domingo Fletcher Valls*. T. I., pp. 229-255.

Neils, J. (2003), Children and Greek Religion, en Neils, J.; Oakley, J. H., *Coming of Age in Ancient Greece: images of childhood from the Classical past*. Yale University Press. New Haven and London, pp. 139-161.

Oliver-Foix, A. (2007), *El Puig de la Nau. Benicarló*. Museo de Bellas Artes de Castellón. Generalitat Valenciana. Castellón de la Plana.

Olmos-Romera, R. (1996), Las inquietudes de la imagen ibérica, *Revista de Estudios Ibéricos* 2, pp. 65-90. Madrid.

Poveda-Navarro, A. (1997), Representaciones humanas en la cerámica pintada de "El Monastil" de Elda, *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995)*. Elche, pp. 319-328.

Presedo-Velo, F. (1973), *La Dama de Baza*, Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

Roldán-Gómez, L. (1993), Choes y Anthesteria. Nuevos ejemplares en la Península Ibérica, *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte* V, pp. 9-18.

Ruiz, A. (2000), El concepto de clientela en la sociedad de los príncipes. *III Reunió sobre agricultura en el món ibéric, Saguntum-PLAV Extra* 3, pp. 11-20. Valencia.

Ruiz-Taboada, A.; Carroble, J.; Pereira J. (2003), La necrópolis de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo), *Investigaciones Arqueológicas en Castilla-La Mancha 1996-2002*. Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Servicio de Publicaciones. Toledo, pp. 117-133.

Sofaer-Derevenski, J. (1994), Where are the children?-. *Accessing children in the past, Archaeological Review from Cambridge* 13 (2), pp. 7-20.

Sofaer-Derevenski, J. (2000), Material Culture shock. Confronting expectations in the material culture of children, en Sofaer Derevenski, J. (ed), *Children and material culture*. Routledge, pp. 3-16. London and New York.

Tarradell, M. (1965), Enterramientos infantiles en el interior de habitaciones ibéricas, *Pyrenae* 1, pp. 174-176. Barcelona.